

fin último, definitivo, raigal era contribuir a la erradicación de la esclavitud. Sobre esto tampoco hay la menor duda. Los métodos para su consecución serán pacíficos, reformistas, de abolición gradual y cautelosa del sistema de servidumbre, pero su objetivo ulterior de abolirlo definitivamente, de borrarlo de la faz de Cuba, es incuestionable.

Este propósito esencial fija a Anselmo Suárez y a la mayoría de los integrantes del círculo delmontino —no excluyendo a su mentor— en las antípodas del pensamiento esclavista. No hay nexo valedero alguno entre la sacrocracia colonial y la intelectualidad cubana de la década de 1830. Son sectores irreconciliables de la criolledad. Ello se transparenta en la novela como se transparentaba en la vida real. Portadores de la ideología esclavista —si es que se puede llamar así a su bárbara y rudimentaria manera de pensar— lo son en la ficción Ricardo Mendizábal y su madre. Del primero es, entre muchas, la siguiente expresión: «Se perderá —le dice al mayoral don Antonio—, repito y repetiré mil veces, se perderá quien sea humano con los negros, porque no son gente, porque son hijos del rigor». Y de doña Dolores Mendizábal, verdadero engendro de fariseísmo esclavista, hace el escritor esta observación: «Los mismos pensamientos de Ricardo acerca del origen y la naturaleza de los negros, suponiéndolos descendientes de los animales, bullían en su alma». Personaje aparentemente ambiguo, que ofrece contrastes piadosos y crueles, es una de las figuras mejor trazadas del libro, pues resume en ella toda la impostura de la mujer blanca, rica y cristiana respecto a sus siervos, impostura que Anselmo Suárez no se guarda de revelar: «En una palabra, sus sentimientos de caridad hacia los esclavos casi se equiparan a los que las criaturas compasivas usan respecto a los seres irracionales».

Quizás nada ilustre mejor el desprecio que el esclavista profesaba por el negro que un libro titulado *Los negros, tales como son, como se supone que son y como deben ser*, de José Ferrer de Couto, editado en Nueva York en 1864. Para empezar encontramos que denomina a la esclavitud «benéfica institución de los trabajadores negros» y para el autor de este increíble engendro eufemístico el traslado violento de africanos a las costas de América se había realizado, no con el propósito de explotarlos y aherrojarlos, sino «con el fin doblemente piadoso de rescatar a los negros de su infeliz estado de sangrienta barbarie». Sobre el trato que recibían en las haciendas, hallaba que «veinticinco azotes... aplicados a negros semisalvajes es un castigo muy aceptable cuando con él se pueden ordenar ideas confusas, desarraigar costumbres feroces y mantener en buena disciplina a grandes masas de gentes peligrosas». Atacaba sañudamente a quienes auspiciaban la liquidación del esclavismo con argumentos de este tenor: «... como

si no bastara el sentido común para conocer que la libertad que pretenden dar a nuestros siervos es para ellos un mal cien veces mayor que la misma esclavitud, atendida la ignorancia y barbarie que son inherentes a la naturaleza de estos desgraciados».

He aquí el auténtico sentir y pensar esclavista, que no hay modo de emparentar con la actitud de los cubanos que en la primera mitad de la centuria pasada se pronunciaban contra el cese del comercio negrero y la erradicación de la servidumbre. Félix Varela ya había lapidado a aquella clase al advertir que no le tenían amor «más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café»¹¹, y en su libro sobre Cuba, Richard Madden los describe así: «Son hombres bien acomodados en el mundo, hombres avariciosos, sin principios, poseedores de capital...» En *Cecilia Valdés*, Cándido Gamboa ejemplariza a plenitud a este tipo de capitalista, ambicioso, inculto, que lo mismo trafica con cajas de azúcar que con seres humanos. En *Francisco*, y a pesar de su juventud, Ricardo Mendizábal es su igual.

III

Por sus ideas, por sus sentimientos, por su franca postura antiesclavista, Anselmo Suárez sufrió la agresión de esta clase y de sus testaferros. En primer lugar, su obra estaba condenada al silencio aun antes de ser escrita. «Siempre había comprendido yo —refiere el escritor— que mi novela no podía publicarse mientras existiese entre nosotros la esclavitud»¹². Incluso cuando en 1859 editó una *Colección de artículos* el censor rechazó los fragmentos de *Francisco* que intentó incluir. «Los rechazó apenas hubo leído los primeros párrafos»¹³. El hostigamiento no se limitaría a su obra sino que lo alcanzaría a él mismo. Tuvo que prescindir, en momentos en que su situación económica era precaria, de la ayuda que le prestaba el abogado Ramón Medina —a quien el padre de Anselmo Suárez había elevado a una desahogada posición— a causa de sus ideas. Lo sabemos gracias a que el novelista dejó escrito: «La mesa de Medina era excelente; pero poco a poco su intolerancia me hizo comprender que vale más comer un mendrugo, a trueque de no sufrir que todos los días *nos echen en cara y se nos denigre por las opiniones que profesamos* (la cursiva es mía). Medina, que era nada menos que censor de imprenta, y su hermano Manuel, que trabajaba en una oficina del gobierno, no desperdiciaban ninguna oportunidad

¹¹ *Ibid.*

¹² Cita de Mario Cabrera Saqui, ver nota 3.

¹³ José Zacarías González del Valle, *La vida literaria en Cuba, La Habana, 1938.*

para querer persuadirme para que cambiase de doctrina; y como el primero censuraba las composiciones literarias de mis amigos y las mías, suscitaba, con motivo de ello, conversaciones desagradables»¹⁴. No, a todas luces el autor de *Francisco* no es ni remotamente un representante de las clases que detentaban el poder económico y político en la colonia.

Sin embargo, había matices en la disposición antiesclavista del grupo de literatos que componían el cenáculo delmontino. Anselmo Suárez, dentro de este marco, se situaba a la vanguardia. Iba algo más lejos que otros, que su propio mentor tal vez. Lo confirma el hecho de que mientras Anselmo Suárez elaboraba la novela, hubo algo en ella que no aprobó Del Monte y sobre lo cual le llamó la atención al escritor. Del Monte empleó la palabra *subversivo*. Parece que esto preocupó, y bastante, a Suárez y Romero, pues le escribió a González del Valle —a quien enviaba los capítulos que iba terminando para que él los corrigiera— hablándole del asunto. Conozco nada más la respuesta de éste, no así la carta de don Domingo ni la de Anselmo Suárez. Trata, Del Valle, de apaciguar el desconcierto de su amigo dándole esta explicación: «No creas que Domingo te dijera eso porque crea que no como tú dices, no debe escribirse aquí para nuestro bien y el de los esclavos»¹⁵. El párrafo es anfibológico y permite tan sólo una deducción de su significado. Más adelante le expresa que todos los que celebran su obra lo hacen porque «les recuerda un principio de *justicia* ultrajada bárbaramente», que consideran que su circulación es conveniente entre aquellos cuya conducta pueda ser mejorada con su lectura y le insiste en que esto último —«la mejora de nuestra conducta»— es «el fin que debe proponerse el que escribe obras semejantes». De hecho se trata de un sutil adoctrinamiento, de un recordatorio al escritor de las fronteras que debe tener su libro. Pero la advertencia de Del Monte requiere una explicación más precisa, y he aquí cómo la interpreta el corresponsal: «Así que Domingo te indicó que suprimieras lo *subversivo*, no porque, maleando sus buenos principios, lo crea perjudicial, sino porque vio que el novelista no debe poner arengas en boca de sus personajes, y menos siendo inverosímiles...». Es decir, lo remite a una consideración netamente literaria, de procedimiento novelístico (lo que hoy calificaríamos de panfletario). Por supuesto, ésta es la interpretación de González del Valle, su versión de las palabras de Del Monte, pero nada nos garantiza que haya sido ése su sentido original. La sospecha se incrementa cuando, hacia el final de la carta, Del Valle

¹⁴ Félix Tanco Bosmeniel, carta a Domingo del Monte, 5 de noviembre de 1838, Centón epistolario, tomo VII, La Habana, 1957.

¹⁵ *Ibid.*, carta del 13 de febrero de 1836.